

Morir en el primer rollo

A nadie le gusta morir joven. Eso de que los buenos mueren jóvenes forma parte de ese otro mundo paralelo e increíble de no hay mal que por bien no venga, más vale ser pobre y enfermo, bienaventurados los pobres y "la cárcel para el hombre no hace mal". Eso, sin olvidar, claro, la plata no hace la felicidad. Los niños, en ese sentido, son mucho más honestos y mandan al diablo esas hipocresías. Provisoriamente, hasta que se hacen adultos, pobres, enfermos y su única salvación es intuir las 3 cifras que el niño cantor se arregló para ese día. Nosotros, cuando niños, la gente de biógrafo, el papel de los que morían en el primer rollo era uno que jamás queríamos para nosotros. Era hasta preferible ser villano o traidor o hijo de jefe indio amigo de los blancos. En esos papeles, por lo menos, uno se aseguraba que llegaba al final. Y hasta a lo mejor ligaba (si se redimía) algo como un beso en la mejilla de la muchachita. Mientras uno se moría, es cierto, pero no crean que el muchachito de las pasteurizadas del '40 ligaba mucho más.

Uno de los casos típicos de muerte en el primer rollo era, en las de vaqueros, ese jovencito (los buenos mueren jóvenes) pero con familia ya, que se hace amigo del agricultor pacífico (pero con pasado) que después que los ganaderos matan al jovencito se calienta y limpia a un pueblo. A los efectos, este joven puede ser sustituido por ayudante de la imprenta un poco más chico, pecos, overall corto y zóquetes, grandes zapatones sin cordones, atolondrado y medio torpe como para encargarse de los pasos de comedia, hasta que dé, precisamente, ese último paso en que los ganaderos hacen fariña la imprenta mientras el muchachito fue a ver a un senador en Washington por el asunto de la reserva de los indios.

Agricultor ó imprentero, es requisito esencial que tenga lentes, porque así se puede lucir el director con la toma de los cristales rotos.

Otro papel nada aconsejable era el de padre o hermano de gangster. Sobre todo si uno era honrado, laburante y padre de familia. Y mucho menos si uno tenía una zapatería o una florería. Fija que marchaba al spiedo. Y en la ordalía de muertes encima, no entendía nada, y las ligaba todas: palizas, torturas, balazos y hasta el sobretodo de cemento. Todo, para que el director se luciese con las flores desparramadas, las vidrieras rotas o las montañas de cajas de zapatos tiradas.

En las de espías de este tipo generalmente era pacífico, chiquito, pelado, de lentes (claro) y con pinta de pusilánime. Tenía una bombonería en cuyo baño (en la trastienda, claro) funcionaba un transmisor. En el primer rollo lo encanaba la Gestapo y lo torturaban hasta matarlo pero sin poder sacarle el nombre del muchachito quien ganaba tiempo (mientras estaba este otro pobre en la máquina) y se rajaba a Londres para no volver hasta la batalla final cuando terminaba la película. (Que así cualquiera, el muchachito más que un héroe era un becario de la Resistencia, siempre).

En las películas del Espacio, el "primerrollista" era ese primero que ni

bien desembarcan en Marte tocaba lo que no había que tocar (¡viste nene, aprendé!). Como ser la mancha o el ectoplasma maldito que se lo comía vuelta y vuelta.

Cuando se trataba de Drácula no había que agarrar jamás de servidor o campesino que levanta la tapa del cajón. Como pasa con todos los que destapan algo en este mundo son los que primero la ligan. También la ligan las lindas, pero menos lindas que la protagonista, sobre todo si son pobres. Los pobres, generalmente, en Hollywood o mueren o se hacen ricos.

En las de espadas el primero que muere es el que se niega a pagar los impuestos (si es de pistoleros, la "protección") al villano. Eso no sirve porque de ahí a que todo se aclare, gane el héroe, el villano caiga bajo su espada justiciera, se sepa que el rey es bueno (no un explotador) pero que fue engañado por el villano, antes de todo eso, uno en nombre del Bien ya pidió pase para el otro mundo.

En las de Detectives, el primer muerto que comienza la cadena es un muerto más inútil que cenicero de moto. Buenos primeros planos a veces, grandes efectos, generalmente la escena mejor filmada, porque es esa con la que se engancha al espectador, pero al final, nadie se acuerda de uno. Ha pasado tanta sangre bajo los puentes que el espectador no sabe si uno era el tío de la muchacha o el sobrino de aquél gordo pelado que vendía hamburguesas y del que no se sabe bien si lo matan con un cortahielo o se muere de una sobredosis de alkaeseltzer. Sobre todo, en el cine negro de los '50, que cuanto más confuso más lindo.

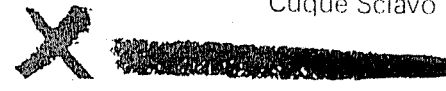
Si se trata de Tarzán no conviene ser amigo de él y encima dueño del secreto de las joyas que se ocultan en la gruta tras la cascada. Siempre va a venir un ambicioso explorador, cazador, nazi, japonés o mal griego, italiano o francés, que nos va a dar el pase en el primer rollo y Tarzán se va a indignar, gritar y tomarse la primera liana que encuentre a mano en su carrera hacia el triunfo. Pero el público al THE END no va a recordar para nada nuestro sacrificio. Cuando mucho alguno comentaría:

—Pero che y ¿qué fue de aquel negro que se pasaba yendo y viniendo atrás de la cascada como si estuviera descompuesto?

Los héroes del primer rollo pertenecen a un mundo paria, marginal. Ese de los goleros, los libretistas, o los directores de teatro o los creativos de publicidad.

Si el cuadro, la película, o la obra o la campaña publicitaria fallan: es culpa de ellos. Si triunfan: el mérito es de los delanteros, los actores o de la calidad del producto. Y en eso, lamentablemente, la vida copia a la ficción. Cuántos precursores han quedado en la oscuridad. ¿Quién recuerda hoy al inventor del alfiler de gancho o nodriza, al inventor del buñuelo, al descubridor del caracú? Decíme ¿eh?

Cuque Sclavo



Digo yo, no sé

Flor nueva de piropos viejos.

Voy a hablar de la Primavera. ¿Y en noviembre me venís a hablar de la Primavera?

Sí, señor. Porque no es cierto que la Primavera empiece el 21 de setiembre, ni en ninguna otra fecha de validez universal. Para cada cual, la Primavera empieza cuando alguien —uno— exclama involuntariamente: "¡Qué ricos se han puesto las mujeres, che!".

Y uno, a quien el esfuerzo de parar la olla (bastante abollada por otra parte, la pobre) lo ha traído despistado como Herminio Iglesias anticipando su victoria, tardó esta vez más que de costumbre en advertir la gravedad de la situación. Recién la semana pasada fue golpeado por tal revelación cíclica.

Cuando digo golpeado, hablo literalmente: uno se escurrió contra un semáforo por caminar con la cabeza dada vuelta, en aras del propósito de comprobar científicamente por qué el stretch para mujeres se estira "así".

Pero uno no tiene hoy la intención de explorar en profundidad esta curiosa relación entre el clima exterior y la libido interior. El problema es otro: ¿qué decir —qué hacer, siempre que se pueda, uno ya lo sabe— ante estas criaturas en pleno uso de sus facultades desvas-

tadoras? Porque el hecho de que en este campo la libertad de expresión esté menos restringida que en otros, no justifica en modo alguno incurrir en la antigüalla o en la banalidad.

Este es, pues, un llamado a la creatividad. Hay que estar a la altura de los tiempos que corren. Y comoquiera que ya han surgido pioneros, uno tal vez pueda orientarse estudiando cierta breve antología de frases recogidas al azar por las calles de este Montevideo definitivamente primaveral. Veamos, y oigamos:

— "¡Nata, vos no necesitás ninguna campaña para mejorar la imagen!".

— "¡Estás más fuerte que Delne, linda!".

— "¿Todavía no te proscribieron por atentado a la constitución masculina?".

— "¡Leona, estás dejando un tendal más largo que el de Saudico!".

— "¡Contigo suben las tasas más pasivas, chiquita!".

— "Pebeta papa, corazón de arroz, fresca como lechuga, piel de durazno... ¿no me prestás unos mangos para comer?".

— "Desde que te vi, estoy a favor del diálogo a puertas cerradas...".

— "Sos... ¡sos linda más el IVA!".

— "Nena, tengo una Zona Azul donde te dejo estacionar y yo hago la boleta...".

— "Me siento Ronalrrigan frente a Nicaragua: ¡quiero guerra contigo!".

Uno confía, así, en contribuir modestamente al enriquecimiento idiomático de los peatones primaverales, actualizados y galantes. Amén.

Fidelio

